

028. “Y omisión”

Siendo pequeños y en el Catecismo aprendimos de memoria el *Yo confieso*, una de las oraciones fundamentales de la piedad cristiana. Y nos vino la sorpresa cuando, en la reforma del Misal, nos mandaron añadir una palabra en la que antes nunca se pensaba: *de pensamiento, palabra, obra y omisión*.

Este y *omisión* de añadidura nos resultaba del todo nuevo. Estábamos conformes con que pecábamos mucho con el pensamiento y con la imaginación, tan loca...

El Catecismo de la Iglesia Católica nos lo ha venido a recordar (1853 y 2284)

Harto sabíamos los disparates que decimos con la lengua, ese miembro tan pequeño y a veces tan malo... Éramos conscientes de las malas acciones que llenaban nuestra historia de cada día...

Pero, que vengan a decirnos ahora que somos pecadores por obras que no hemos hecho, casi resultaba extraño...

Y, sin embargo, ¡qué pecado tan grande hemos de confesar ante Dios!

Eso que debíamos hacer, y no hacemos.

Eso que nuestra conciencia nos pide, y no tenemos ganas de hacerle caso alguno.

Eso que reclama el hermano, y no se lo queremos dar.

Eso que nos impone nuestro propio deber, y lo dejamos pasar muy tranquilos...

Un inciso como éste —y *omisión*—, nos lleva a decir ahora alguna palabra sobre *el deber*, que nos echa más de una responsabilidad sobre la conciencia cuando lo dejamos de cumplir.

Es cierto que en la vida trabajamos en muchas cosas de las cuales estamos muy satisfechos.

Pero, ¿son siempre deber cumplido? ¿No dejamos otras muchas, que son más importantes?

Ese trabajo nuestro, ¿no será la careta o la máscara que nos ponemos a nosotros mismos para esconder nuestra pereza?...

Estas preguntas me las sugiere un examen serio que se hacen los miembros de los Encuentros Matrimoniales, cuando se miran de frente para detectar un mal muy común que puede entorpecer la armonía conyugal.

Porque nos puede ocurrir lo de la fábula de la araña que nos cuenta aquel poeta.

Se encontraban charlando en amigable tertulia cuatro viejos que habían sido hombres notables, y hasta tenían un nombre muy propio y especial: Se llamaban el General, el Sabio, el Ricachón y el Ministro.

Cada uno contaba las hazañas de su vida pasada. El General, sus batallas gloriosas; el Sabio, sus libros; el Ricachón, sus negocios; el Ministro, su gobierno. Charlaban tan contentos y tan ufanos, cuando se desprende del techo una araña grandota que escuchaba todo, y ahora se les enfrenta descarada:

- ¡Miserables! ¿Por qué os olvidáis de mí, si ninguno de vosotros ha hecho más que lo que yo he trabajado durante toda mi vida?

Los cuatro valientes se levantan medio espantados y la quieren tirar a tierra para matarla de un escobazo. Pero la araña se alza un poco más y ya no la alcanzan. Es ahora cuando interviene el Sabio:

- ¡Calma, amigos! A ver si esta araña no nos estará diciendo la verdad. Examinemos nuestra conciencia. ¿Qué hemos hecho en nuestra vida? Usted, Señor General,

matando gente a cañonazos. Usted, Señor Ricachón, estrujando y sacando las entrañas a sus trabajadores. Usted, Señor Ministro, más cruel en su despacho que un dictador. Y yo, que me las tiro de listo y me llaman El Sabio, robando en otros libros los trozos que publicaba como míos...

La araña se sentía vencedora, y todos estaban avergonzados ante las palabras del Sabio, que, demostrándose ahora cristiano con una conciencia culpable, continuaba:

- ¿Qué hemos hecho? La eternidad no corona sino las obras de la Gracia de Dios, y las nuestras no eran así. ¿Qué hemos hecho?...

La araña oye la pregunta, y, colgada desde su hilo, les da la respuesta que escuchan en silencio:

- ¿Qué han hecho los cuatro? Lo mismo que yo: tejer telas de araña...

La fábula simpática no necesita comentario (Cayetano Fernández)

Pero nos trae a la memoria un texto de San Pablo que nos hace meditar:

- No nos cansemos de practicar el bien. No desistamos en la siembra, porque después cosecharemos. Mientras tenemos oportunidad y ocasión, hagamos el bien a todos.

Esto, además de ser Palabra de Dios, es todo un programa para saber atacar en su raíz la pereza.

El tiempo es oro, y más que oro. ¿Por qué dejarlo pasar sin sacarle todo el jugo? Dios nos lo da gota a gota, segundo a segundo, minuto a minuto, para que no nos espante. Tiempo que pasa, tiempo que ya no vuelve. ¿Por qué no atraparlo, para aprovecharlo con avaricia?

Pudo extrañarnos ese inciso —y omisión— metido por la Iglesia en la oración de la Misa. Aunque, en vez de pedir perdón por lo que no hemos hecho, sería más elegante decirle a Dios continuamente lo que un grupo apostólico dice en sus plegarias de cada día:

- Te damos gracias, Señor, por el bien que con tu Gracia hemos hecho para tu gloria y para bien de los demás.

Muy bien dicho por ellos. Y podríamos añadir todos en nuestra propia oración:

- Para bien de los demás, ¡y para bien mío, y para bien mío también! Porque sólo en la eternidad sabré valorar el trabajo de ahora y el peso de gloria que me habrá merecido...